

## Homenaje al Rector

Monseñor:

Han querido los alumnos de sexto año que dedique a vuestra señoría ilustrísima este cordial homenaje, y aunque ello significa el rompimiento de una tradición muy loable, consistente en que fuese exclusivamente uno de los alumnos el encargado de dirigiros la palabra, he aceptado yo tan codiciable encargo atendiendo a la espontaneidad con que me fue conferido y a la seguridad que tengo de interpretar, si no con elocuencia, sí con absoluta sinceridad, los sentimientos en que abundan vuestros discípulos de hoy, listos a abandonar los claustros del Rosario, pero dispuestos a seguir viviendo ante vuestra presencia de amigo, de padre y de maestro.

Líbreme Dios de lisonjearos vanamente. Ni mi modesto orgullo me permite tributar alabanzas interesadas, ni vos, monseñor, aceptaríais halagos que en el fondo oprimen, porque su sinceridad cede bajo el peso de la demanda o de la imploración que en ellos van ocultas. Por eso os puedo hablar sin que en mis palabras se advierta otra cosa que el acento de la verdad, de esa verdad que, al tratarse de personajes como vuestra señoría ilustrísima, pierde su aspecto frío de ecuación entre la inteligencia y la realidad, para convertirse en fervor humano y en exaltada comprensión de amor, respeto y reconocimiento.

Hay varios modos de conocer al hombre, como los hay de conocer a la naturaleza y aun a Dios mismo. Nuestro acercamiento a la mayor parte de los mortales puede realizarse, y de hecho se realiza muchas veces, a virtud de un cálculo intelectual en que inconscientemente pesamos ventajas y desventajas. Desafortunado el hombre a quien se valora de esta manera. Pero existen otros que despiertan. por el contrario, los estímulos más desinteresados del alma, y

a quienes ni siquiera es necesario cultivar socialmente, ni tratar a diario, porque la amistad y el cariño que despiertan no se alimentan de estos precarios recursos, sino de razones dignificantes por sí mismas, como son el sentimiento gozoso y el orgullo sin sombras con que aceptamos la superioridad de su talento, la alteza de su virtud, la magnanimidad de su hidalguía. Vos, monseñor, pertenecéis a estos hombres.

Yo sé que el Rosario es depositario de una de las más puras y gloriosas tradiciones de América. Varones de santidad ilustraron sus cátedras; hombres sabios las repujaron con todos los ornamentos de las humanidades; ciudadanos mártires las ungiéron con sangre: de manera que esos claustros han sido altar, pórtico y calvario. Como allí se forjaron los emblemas de la república, el altar suministró la cruz, el pórtico la pluma, y el calvario la palma. No puede, pues, extinguirse una república que se vincula a las ideas eternas con el signo de los cristianos; a la perpetuidad de los tiempos, con el dorado instrumento que sirve de expresión al genio; y a la gratitud de las generaciones, con la fresca palma que simboliza la gloria del sacrificio. Por eso, yo creo que la vida del Rosario es la existencia misma de la república, y que remover sus cimientos o agrietar sus muros, sería como empezar la destrucción sistemática y criminal de la patria.

Pero toda tradición es muerta si no encarna en varones dignos de continuarla y trasmitirla a las generaciones futuras. Precisamente, uno de los infortunios de la cultura humana es llegar, en ocasiones, a trances penosos en que todo un caudal de ciencia y de virtud es condenado a muerte, por no hallar manos dignas de recibirlo. No es ese el caso de vuestra señoría ilustrísima, que no solamente es merecedor de recoger tan insigne legado de inmortalidad, como es el Colegio del Rosario, sino que ha enriquecido esa herencia de siglos con la contribución propia de sus talentos y sabiduría, cumpliendo así con un deber de patriotismo y realizando la misión de los espíritus grandes, que consiste en vivificar el pasado, explicar el presente y preparar el porvenir.

Monseñor: Los alumnos que hoy terminan sus estudios en el venerable y esclarecido claustro de Fray Cristóbal de Torres, sienten por vuestra señoría ilustrísima un afecto sin reservas y una admiración profundamente sincera. Os han

escuchado a diario y han recibido el ejemplo permanente de vuestra vida austera, adornada con cualidades de hombre y virtudes de sacerdote. Si han aprendido la ciencia humana de boca de sus ilustrados profesores —entre los cuales halló acomodo mi ignorancia, por generosidad de vuestra señoría ilustrísima— llevan en el espíritu el tesoro de una enseñanza mejor, y es la que se desprende de vuestra noble existencia, consagrada a los inmortales cultos del bien, de la verdad y de la belleza.

Esos alumnos son rosaristas, y ello basta para asegurar, a nombre de Dios y de los Manes de tanto libertador educado bajo esos mismos claustros, que ninguno de ellos deshonrará tan proceramente. Bajo esas arcadas han respirado ambiente de gloria y de heroísmo. En esos muros han leído la historia de muchos sacrificios inolvidables. Al pie de aquellas vetustas escaleras han escuchado el eco de las cadenas oprobiosas, que después se trocaron en guirnalda de estrellas. Todo eso imprime carácter, y sería necesario renegar primero de la sangre —sangre de colombianos— para menospreciar después la majestad de toda esa gloria.

Yo aseguro a vuestra señoría ilustrísima que estos jóvenes sabrán ser, ante todo, creyentes; patriotas luégo; y en toda ocasión, ciudadanos ejemplares. Si no todos están llamados al brillo de las artes o de las ciencias, todos sabrán ser hombres, o mejor dicho, varones, entendiendo esta palabra en su más pura significación ética. Hermosas son las lides de la inteligencia, pero lo son más las del carácter, las de la voluntad, las de la conciencia. Vencer siempre en estas últimas, sacando limpio el título de rosaristas, será la recompensa que vuestros alumnos, monseñor, os reservan, para honrar vuestro nombre, enaltecer al Rosario y glorificar a la patria.

Aceptad, pues, este homenaje, y en medio de tantas voces agradecidas, permitid, monseñor, que se escuche la mía propia, bien así como al cesar, por breves instantes, el estruendo de las olas, suele oírse el ruido de un guijarro que se desprendió de la roca azotada.

**RAFAEL MAYA**

Profesor de Literatura en el Colegio del Rosario.